



Rosa Planas

Voluntaria Casal Petit de Palma

Las mujeres invisibles



En una sociedad como la nuestra, en que la visibilidad de la mujer se fundamenta en la mayoría de ocasiones en su físico, en su apariencia y en su cuota en la jerarquía del poder, hay que hablar de esa otra faceta oculta de la feminidad, de la que se habla poco, y a la que he podido tener acceso a través de mi compromiso con el voluntariado de las Hermanas Oblatas de *Casal Petit*.

■ Cada mujer, una excepcionalidad truncada

Mi experiencia de casi dos años me ha mostrado una realidad de la que lo ignoraba prácticamente todo, aunque también he de confesar que existían indicios más que suficientes para que lo intuyera. La mujer desprotegida, vulnerable, convertida en objeto de comercio, en blanco de agresiones, en

diana de violencias extremadamente refinadas, es algo que aunque se pueda ver todos los días en páginas de prensa, en películas o en múltiples referencias en las redes sociales, no es reconocible hasta que uno se acerca a la realidad sin filtros. Al hallarnos ante una mujer "invisible", la verdad nos golpea con su materia viva, con su singularidad, con aquello que define la persona en toda su extensión y en todas sus dimensiones. La mujer, cada una de ellas, presenta una excepcionalidad truncada, una existencia desatendida, una inequívoca presencia de algo que trasciende el anuncio, el prototipo, la trampa estereotipada que define lo femenino.

■ No piensan en impresionar a nadie

Aunque se trata de mujeres que se dedican o en algún momento de su vida se han dedicado a la prostitución y que, por razón reduccionista, podría pensarse que su mundo, su constelación inmediata, gira en torno al sexo en sus múltiples facetas, nada es más lejano a la realidad, al menos en la experiencia que yo puedo relatar. Ni una sola de esas mujeres me ha parecido coqueta, frívola o sensual; mas bien, al contrario, me han parecido mucho más prudentes, tímidas e inocentes que muchas de las mujeres que se pasean pisando fuerte por el mundo de los negocios, la cultura o la política. Ellas, las invisibles, no quieren impresionar a nadie, ni engañar mostrando o aparentando aquello que no son, ya han sido humilladas en exceso para pretender levantar la cresta innoble de la arrogancia. Son tan sencillas como la indecible serenidad que irradia de su propia situación marginal.

■ La sociedad no cree en su futuro

Como no existen, nadie las define, nadie las reclama como ejemplo de condición humana. Y si en alguna ocasión se refieren a ellas, a las que están más que abajo, a las que son de la calle, a las que en algún momento de su vida han sido engañadas, profanadas o, sencillamente, imantadas por un oro repelente, que atrae de manera cruel a las mentes más inocentes, es para situar-

las en el victimario de una sociedad que en el fondo no cree en el futuro ni en la posibilidad de escapar a un destino trazado en el origen sexual. Las trabajadoras del cuerpo no pueden ser, según este juicio, reinsertadas en la maquinaria del capitalismo desbocado. Para ellas nunca llegará la ya vencida lucha de clases, porque no ha existido ni existe su reconocimiento en la jerarquía social.

■ Sin embargo, ellas os precederán

Todo lo que he experimentado a través del trabajo como voluntaria, me ha llevado a reconocer y apreciar la importante labor de las Hermanas Oblatas, silenciosas pero eficaces, y con una indestructible voluntad para restaurar el color a la mujer invisible, pintándola con los matices que le son propios y colocándola en el marco de una visibilidad que ha de reintegrarla a la realidad social. Su esfuerzo no es baldío, ni su lucha inútil. Sería injusto no reconocer sus profundas conexiones con la verdad evangélica, la de Jesucristo, que elevó a la mujer de su indigna condición en la estricta y patriarcal sociedad judía. Ni la viuda ni la prostituta fueron invisibles para aquel que supo detener la mano del apedreador y desenmascarar al habilidoso juez que castiga a la víctima y no al verdugo. A ellas, las definió como las que irán primero que los jueces, que los sacerdotes, que los altos dignatarios de todos los Estados, consejos y asociaciones del mundo y de la historia. Serán

ellas, las que no son perceptibles en el sistema materialista, que convierte en barro todo lo que tiene forma humana, las que irán delante en un mundo que ha de venir.

■ No hay vulgaridad en la vida vulgar

Cada una en su peculiaridad, en su circunstancia, en su periplo vital, en su exigencia, me ha mostrado que no existe la vulgaridad en la vida vulgar, que no hay una fórmula para convertirlo todo en regla; al contrario, cada excepción es una mujer que debe volver a ser mirada con otros ojos, a ser percibida con otro corazón, a ser entendida con otra inteligencia en toda su complejidad y en su desgracia. Cuanto más te acercas a ellas, mejor comprendes que tu propia independencia no es un regalo, sino una responsabilidad; que nada de lo que has dado por sentado desde que naciste, tiene una razón lógica ni es una merecida consecuencia de tus méritos. Solo la vivencia con lo inestable te sitúa en el equilibrio justo. Percibir la invisibilidad de las mujeres excluidas es convertir tu propia opacidad en transparencia.

**Percibir la invisibilidad de las mujeres
excluidas es convertir tu propia
opacidad en transparencia**

